

“La voz que susurran estos muros”

Manuscritos en piedra de la Torre de Londres



Cuenta una vieja profecía que, si los cuervos que habitan en la Torre de Londres desaparecieran, la Torre caería y con ella la Corona británica. Custodiada pues por los guardianes cuervos que sobre ella vuelan día y noche, la enigmática Torre alberga en su interior no sólo la Historia de Inglaterra, sino también la leyenda y, sobre todo la leyenda negra. Residencia de reyes fue la Torre también cárcel de presuntos traidores a la Corona, que fueron allí encerrados, unos torturados, otros olvidados durante años, siendo algunos perdonados y otros decapitados allí mismo o en la cercana colina. Los relatos sangrientos de la Torre de Londres no merecían menos que ser acompañados también por fantasmas con nombre propio, de los que se cuenta que, junto a los cuervos, merodean aún por el recinto de la Torre arrastrando las cadenas de su tortuoso y trágico pasado.

La más famosa de estas perdidas ánimas es la mismísima reina Ana Bolena, que fue decapitada en la Torre Verde, y que ha sido vista paseándose por los alrededores con su cabeza en la mano...



A los fantasmas les ven solamente algunos privilegiados y otros tan sólo los habrán imaginado, pero lo que sí es real, visible y palpable en la Torre de Londres es la impronta que dejaron en los recios muros los prisioneros que en ella vivieron, lloraron, gritaron, imaginaron, soñaron y también arañaron sus piedras para tallar en ellas, de una forma u otra, la huella de su existencia, de su existencia en el mundo, en la vida, la huella de su existencia allí.

Es en la Torre Beauchamp donde se conservan la mayoría de estas inscripciones, graffitis en piedra, algunos con nombre propio bien identificables, otros con emblemas o escudos, otros con frases ciertamente lapidarias, otros con siglas, otros más con símbolos personales o de creencias, pero todos rastro de unas horas, de unos días, de unos años dedicados, mientras se espera a la muerte, a pellizcar en la piedra un recuerdo perdurable, como queriendo dejar la vida al menos a merced de la Historia.

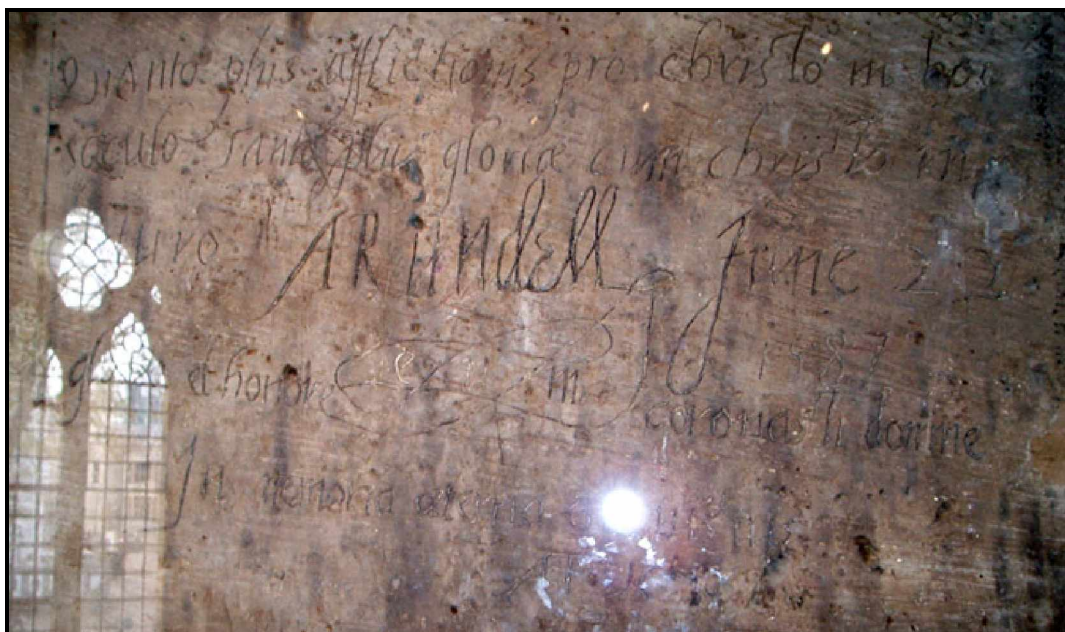


Bajo estas líneas podemos ver dos inscripciones con sendos signos de devoción católica: las siglas de "Jesús y María" y el símbolo de la cruz esculpida a conciencia en la dura piedra. Este último está firmado por su autor, Thomas Peverel, y datado en 1570. Esta nota común a la mayoría de las inscripciones en los muros de la torre hace pensar, como efectivamente la Historia confirma que así fue, que la mayoría de los prisioneros allí confinados lo fueron por sus creencias religiosas opuestas al Protestantismo imperante durante el reinado de Isabel I.



No resulta difícil pues imaginar a estos presos, mártires de religión, desvalidos arrodillados junto al muro, tallando con punzones hallados de cualquier modo, insignias de esperanza, símbolos a los que dirigir sus lamentos y oraciones, marcas de fe a las que aferrarse durante tan lánguida, pesadosa, oscura e interminable agonía.

El motivo de la condena resonaba con la palabra "Traición", y arrastrados eran por ella los acusados hasta la Torre e introducidos en la misma por la puerta que aún hoy recuerda con su nombre el porqué de su justificado uso: la famosa "Puerta de los traidores".

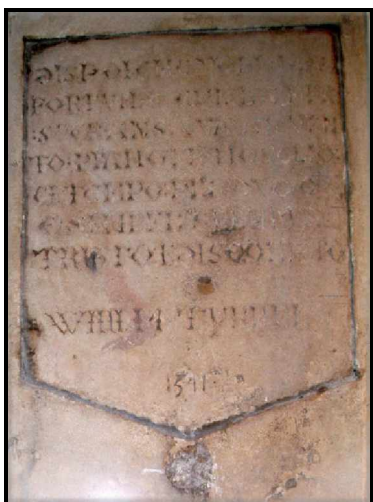


"Cuan mayor sea el sufrimiento por Cristo en la Tierra,
mayor será la Gloria con Cristo en el Cielo".

Philip Howard, Conde de Arundel. Junio de 1587.

Católico acérrimo, Philip Howard fue confinado a la Torre en 1585 después de haber estado encerrado y custodiado en su propia casa bajo constante sospecha del Gobierno. Tras diez años de prisión y de haber denegado su liberación a cambio de renunciar a su religión, fue decapitado.

La inscripción impresa en el muro da muestras de una personalidad firmemente aferrada al honor, al orgullo de sus raíces y a la fe. Así lo muestran el esmero y el detalle en el labrado de la palabra "Christo", y también el tamaño fuertemente resaltado de "Arundel" y la fecha de la inscripción. El corazón fuerte, seguro y valiente del autor latiendo por un "aquí", por un "ahora" y por un "porqué" ha quedado hasta hoy imborrable en la piedra.



"Dado que la fortuna ha decidido que mi
esperanza ha de ir a lamentarse con el viento,
deseo que el tiempo sea destruido,
y mi mundo sea triste y desgraciado".

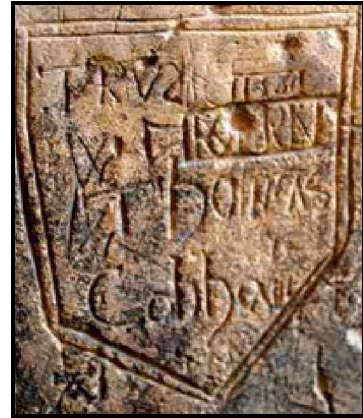
William Tyrrel, 1541

Si la inscripción anterior era un canto al honor y a la esperanza, es ésta de William Tyrrel, sin embargo, un resignado lamento tallado en bellas, firmes y esbeltas mayúsculas.

Junto a estas líneas, la imagen de un escudo nobiliario, emblema de arraigado orgullo por las propias raíces, marca el férreo deseo de hacer éstas imborrables, imperecederas, de hacer posible que, en algún momento, la conciencia de la Historia les reconozca el valor del que la inconsciencia de la misma Historia les despojó.



Thomas Cobham, hijo menor de Lord Cobham, fue condenado a la Torre el 7 de febrero de 1554. Recibió el perdón y fue liberado, pero sufrió un segundo encarcelamiento en 1571 por estar implicado junto con sus hermanos y otros nobles, en la conspiración del Duque de Norfolk contra la Reina Isabel y a favor de María, la Reina de Escocia. Junto a estas líneas está la inscripción con su firma en letras nobles.



Como en otras muchas inscripciones de la Torre, ésta se enmarca dentro de un recuadro que en este caso recuerda a la forma de un escudo. El autor quiere proteger su espacio, marcar su territorio y dar un lugar a la Historia para su reconocimiento que, inevitablemente, ha de ser futuro. A la vez, es curioso observar cómo el espacio que cada prisionero aprovechó para sí en el muro, respeta el espacio que otros ya escogieron y aquel que tendrán sin duda que escoger los que vayan llegando, desterrados a ese olvido insolente.

Cuando uno visita la Torre de Londres, es imposible no escuchar la voz que susurran estos muros, el atronador murmullo de alientos que se exhalaban aquí, de corazones que aquí estuvieron latiendo; imposible no sentir el palpitar de esperanzas condensadas en la oscuridad, de deseos lanzados al aire, de preguntas sin respuesta, de estremecimientos de miedo, de lágrimas secas; imposible no oír el sonido de un punzón rascando la vieja piedra, golpeando la resignación a maza de valentía y fortaleza.

Ahora, es curioso comprobar cómo la que entonces fue "torre sangrienta" para aquellos condenados; es hoy, sin embargo, guardiana y custodia de su testimonio manuscrito para la posteridad.

Sandra M^a Cerro

Grafóloga y Perito calígrafo

www.sandracerro.com